

Jesús Callejo Cabo

Enigmas Literarios



Conozca el lado oscuro
de algunos famosos escritores.

Pasen y lean. Verán pequeñas y trágicas historias de escritores que se suicidaron, que se volvieron locos, que se drogaron en busca de musas imposibles o aquellos que, imbuidos de un cierto misticismo, se propusieron crear religiones o tuvieron encuentros con criaturas extrañas e incluso con su propio “doble”. Los autores de todas las épocas, sean novelistas, filósofos, poetas o ensayistas, tienen algún enigma que ofrecer respecto a sus vidas o a sus obras. A día de hoy aún hay polémica sobre dónde nació exactamente Cervantes o se conjetura que Conan Doyle fuese un asesino o que Moliere no escribiera todas sus obras. Existen muchas preguntas que siguen sin una respuesta definitiva: ¿Por qué a Comte le dio por crear una religión? ¿José Cadalso abrió la tumba de su novia? ¿Nerval fue el “negro literario” de Dumas? ¿Berbiguier fue martirizado por los duendes? ¿Hubo alguna novela inspirada por el diablo? ¿Acaso Julio Verne pertenecía a una sociedad secreta?

Conocer aspectos novedosos y desmitificadores de Dickens, Rimbaud o Andersen puede ser tan interesante como averiguar por qué Horacio Quiroga fue considerado un gafe o Emilio Salgari decidió poner fin a su vida de una manera tan original haciéndose el harakiri. Sus cuentos y novelas palidecían al lado de sus propias existencias, muchas de ellas tan aventureras como la que le tocó vivir a Jack London que se abrió paso por la vida casi a mordiscos y a éxitos editoriales, a pesar de todas sus adversidades.

Enigmas Literarios

11

SADICOS Y MASOCAS

«El mal es necesario para la organización viciosa de este triste universo».

MARQUÉS DE SADE: *Justine*





RASE UNA VEZ DOS EXCÉNTRICOS PERSONAJES cuyos vicios ocultos sirvieron para que más tarde los psicólogos dieran nombre a dos patologías, dos tendencias sexuales y vitales instigadas por dos hombres, dos escritores que no se caracterizaron por sus virtudes ni por sus méritos literarios, pero que dieron mucho que hablar.

La conducta del marqués de Sade ha servido para acuñar el término sadismo, una perversión sexual de la persona que goza cometiendo actos de crueldad con quien mantiene relaciones sexuales. El otro que tal baila, Sacher-Masoch, fue utilizado por el famoso neuropsiquiatra von Krafft-Ebing en su obra *Psicopatía sexual* (1886) para dar nombre a su obsesión consistente en el deseo de someterse sexualmente a otra persona para ser humillado y maltratado. Tanto exceso hizo que los dos terminaran con sus huesos en sendos sanatorios para enfermos mentales. Veamos algunos de los vicios de estos dos personajes que han servido de modelos para no seguir.

Un contrato de sumisión

El austriaco Léopold von Sacher-Masoch escribió *La venus de las pieles* (1870) basada en su relación con Fanny Pistor, una baronesa con quien llegó a firmar un curioso contrato. Mediante el mismo, fechado el 8 de diciembre de 1869, se comprometió a ser esclavo de ella con el nombre de «Gregor», prometiendo realizar durante seis meses todos sus deseos, vejaciones y órdenes: «*Por toda falta cometida y por toda negligencia, el ama tiene el derecho de castigar a su sirviente como le parezca bien*».

Una de las cláusulas del contrato obligaba a la mujer a dejarle seis horas libres para atender sus obligaciones sociales. Pasados los seis meses, ambos se comprometieron a olvidar dicho contrato. Lo



único que les faltó fue destruir tan valioso documento gracias al cual sabemos cómo se las gastaba el tal Masoch. Sabemos, por ejemplo, que le sirvió como criado sumiso en un viaje a Italia y la baronesa le utilizó en sus amoríos con el actor italiano Salvini, lo cual le vino de perlas a Sacher-Masoch que tuvo la oportunidad de ser azotado reiteradamente. El título de la novela procede del ama que debe vestir siempre con alguna prenda de piel antes de flagelar, ya que su olor y su tacto aumentan el placer del flagelado. Como buen fetichista, Masoch poseía una colección de pieles y de ligas femeninas.

El juego de los bandoleros

En 1873 se casó con Aurora Rümelin que intentó encarnar su ideal. Con los años escribió una *Confesión de mi vida* (1907) en la cual ofrece información de primera mano sobre la vida de su esposo. Entre otras lindezas, cuenta cómo su marido se complacía en organizar un juego de salón que llamaba «de los bandoleros», en el que Aurora y la criada, vestidas con suntuosas pieles, hacían el papel de bárbaros bandidos secuestradores del viajero indefenso Sacher-Masoch quien era despojado de sus ropas, atado, maltratado y humillado por ellas. La representación doméstica terminaba azotando la criada a su amo con el mayor entusiasmo hasta hacerle sangrar. También firmó un contrato de

sumisión con Aurora: «Yo me veía obligada —escribe en su obra— a hacer sufrir torturas físicas y morales a aquel hombre que alzaba hacia mí sus manos suplicantes gimiendo: ¡Más, más, pégame más, no tengas piedad! ¡Cuánto más me haces sufrir más feliz soy!»

La situación duró hasta 1887, año en el que Aurora, cansada de tanto latigazo, se divorció de él tras un penoso proceso judicial donde su esposa describió con todo lujo de detalles sus escabrosos hábitos sexuales. Esto a Masoch no le desanimó lo más mínimo pues se volvió a casar con Hulda Meister, la secretaria de su revista «Sobre la cima», quien le curó de su obsesión, o eso dicen al menos.

Murió el 9 de marzo de 1895 en el asilo de alineados mentales de Mannheim a causa de los ataques de locura que padecía, entre otros creerse convertido en un gato que se echaba sobre Hulda para arañarla y morderla. Un fallo en su corazón acabó con su vida. Sus últimas palabras fueron: *aimez moi*. Habían transcurrido 59 años de agitada vida dejando una amplia y mediocre obra literaria que ha sido eclipsada por su poderosa personalidad masoca. Hoy no se hablaría de él si no hubiese servido de ejemplo psicopatológico.

El marqués de Sade

Mucho más conocido es Donatien Alphonse Françoise, el ínclito marqués de Sade, al que no le gustaba recibir latigazos sino propinarlos. En realidad era conde de Sade, aunque él prefería firmar sus obras con el de marqués que daba más empaque. Su filosofía de vida consistía en que «*El único y el más alto placer del amor se encuentra en la certeza de hacer sufrir al ser amado*».

Desde muy joven ya se le veían sus tendencias a participar en desenfundadas orgías y a cometer extravagancias de todo tipo. Era un auténtico y orgulloso libertino. Una vez tuvo un altercado con un labrador al que azotó junto a su mujer y sus hijos. Su fogosidad en todos los ámbitos, hizo que se alistara en el ejército participando

en la Guerra de los Siete Años, en la campaña de Prusia, donde alcanzó el grado de capitán de caballería del Regimiento de Borgoña. Ni que decir tiene que durante este periodo bélico se lo pasó de lo lindo gozando de los pillajes, torturas, sangre e incendios.

Su padre intentó apartarle de las casas de juego, de sus relaciones amorosas con actrices de moda, de sus escándalos y consiguió a duras penas que en 1763 se casara con una bella mujer, Renée-Pélagie Cordier de Launay, con la que tuvo tres hijos. Todos sus amigos y familiares confiaban que sentaría de una



vez la cabeza, pero ni con esas. Sade era de ideas fijas y de obsesiones muy claras y el matrimonio no le hizo perder sus antiguos hábitos. Pronto volvió a las tabernas y lupanares de Vincennes para cometer todo tipo de tropelías. Una noche tuvieron que entrar los agentes de la autoridad en uno de estos antros porque el conde estaba azotando con un látigo a las prostitutas y eso en el mismo año de su boda.

El que un día dijo: «*En el amor, todas las cumbres son borrascosas*», protagonizó dos famosos escándalos en su vida: el de Arcueil, el 3 de abril de 1768, en el que torturó a una pobre muchacha, llamada Rose Keller, que había ido a su finca en Arcueil (París) para pedir un poco de agua. Es un episodio confuso de su vida. Unos dicen que la invitó a entrar a su casa y luego la drogó con un narcótico vertido en el agua, la ató a una mesa y, cuando volvió en sí, la torturó durante horas cubriendo luego sus heridas con cera derretida. Otras versiones dicen que la hizo desnudar a punta de pistola, la ató, la flageló y echó lacre derretido

en sus llagas. Por último, hay quien asegura que la mujer prestó su consentimiento y el lacre era en realidad unguento para cicatrizar sus heridas. Sea como fuere, el caso es que algo dramático debió ocurrir y el incidente tuvo más publicidad de la que el conde hubiera deseado y por tal motivo fue condenado a pagar 100 libras de multa y pasó siete meses en prisión, pero el mayor perjuicio para Sade fue el que su figura pasara a formar parte del imaginario popular iniciando la leyenda del aristócrata salido.

El otro escándalo ocurrió el 27 de junio de 1772 en Marsella en la que organizó una orgía utilizando como potente afrodisíaco la cantárida o «mosca española». Y los comensales se excitaron tanto que algunas prostitutas murieron de sobredosis. A Sade le valió una condena a muerte por los delitos de sodomía y envenenamiento. La policía encontró escrita en la pared de la habitación donde ocurrieron los hechos la cuenta que el marqués iba haciendo de los azotes que daba: 215, 179, 225 y 240. Cuatro series de azotes que completan 859 en total. La sentencia se dictó en rebeldía porque Sade había huido a Italia, esta vez con su cuñada convertida en amante suya. A partir de aquí su vida es un continuo entrar y salir de prisiones francesas.

30 años de cárcel

Fue en prisión donde empezó a escribir sus novelas como *Justine o los males de la virtud* que publicó sin nombre. Volvió a Francia y de nuevo fue detenido en París en 1777 por otro oscuro episodio de su vida siempre relacionado con la violencia. Lo cierto es que estuvo encarcelado por distintos escándalos unas 12 veces, lo que supuso un total de 30 años de su vida de reclusión con algunos periodos de libertad, uno de ellos fue en abril de 1790 gracias al decreto de la Asamblea Constituyente y otro en el año 1793 en el que la Revolución le sacó de prisión, pero por poco tiempo. En una carta a su mujer confesó lo siguiente:

«Soy un libertino, lo acepto; he imaginado todo lo imaginable sobre ese tema, pero no he hecho, ni sin duda lo haré, todo lo que he imaginado... Soy un libertino, pero no un criminal».

Algo de cierto debe de haber en este párrafo, pues durante la época del Terror fue uno de los que insistió en abolir la pena de muerte. Las cifras representaron siempre algo muy importante para él. Una de las cartas que escribió a su mujer desde prisión, por ejemplo, comienza así: *«Hoy, jueves 14 de diciembre de 1780, hace 1400 días, 200 semanas y casi 46 meses que estamos separados. He recibido sesenta y ocho provisiones por quincenas y cien cartas tuyas, y esta es la que hace 114 de las mías».*

En sus últimos años de vida, cuando Napoleón estaba en el poder, escribió un relato titulado *«Zoloé y sus dos acólitos»* (1800) siendo sus personajes principales nada menos que Napoleón, su esposa la emperatriz Josefina y el político Paul Barras a los que ridiculizaba. Todo el mundo pensó que eso sería motivo suficiente para ser ejecutado, pero no. Tan sólo lo internaron en el manicomio de Charenton donde murió un 2 de junio de 1814, a los 74 años de edad, ya medio ciego y desquiciado.

En su epitafio se puso: *«Arrestado bajo todos los regímenes. Paseante, arrodíllate para rezar por el más desdichado de los hombres».* Aunque el que se le suele atribuir erróneamente es el de: *«Si no viví más, fue porque no me dio tiempo».*



DRAMAS PARA LOCOS

Durante la larga permanencia en las diversas cárceles y sanatorios mentales por las que pasó, Sade escribió sus comedias que luego representaban los propios locos bajo su dirección. La idea tiene éxito y mucha gente viene desde París para contemplar la nueva «terapia contra la locura». Una de estas personas, un joven llamado Armand de Rochefort, nos ha dejado un testimonio que nos permite tener una visión de Sade en sus últimos años y de la que sus contemporáneos tenían de él:

«A mi izquierda se sentó un anciano de cabeza baja y mirada de fuego. La cabellera blanca que le coronaba prestaba a su rostro un aire venerable que imponía respeto. Me habló varias veces con una elocuencia tan calurosa y una inteligencia tan variada que me inspiró mucha simpatía. Cuando nos levantamos de la mesa, pregunté a mi vecino de la derecha el nombre de este cordial caballero y me respondió que era el marqués de Sade. Al oírlo me alejé de él con tanto terror como si me hubiera mordido la serpiente más venenosa. Sabía que este detestable anciano era el autor de una novela monstruosa en que estaban publicados todos los delirios del crimen en nombre del amor. Había leído este libro infame, que me había dejado la misma impresión de repugnancia producida por una ejecución en la plaza de Grève, pero ignoraba que un día vería a su creador admitido a la mesa del director de una institución pública».

En una de sus obras teatrales, representada en 1810 en la prisión de Bicêtre, se puede leer el siguiente texto esclarecedor: «*Todos los hombres están locos y el que no quiera reconocerlo debe encerrarse en su cuarto y romper el espejo*».

A pesar de estar tantos años entre rejas, el poeta Apollinaire dijo de él que fue «*el hombre más libre que jamás haya existido*» y tal vez lo fuera si aceptamos que siempre hizo lo que le vino en gana.



Pierre Paolo Pasolini recreó Los 120 días de Sodoma, en Saló, una de las películas más terroríficas filmadas nunca, y dura de ver como pocas. De hecho es muy difícil poder hacerlo.

Obras suyas son *La filosofía en el tocador* (que escribió en la cárcel de Charenton), *Juliette* (cuyo lema es: «*El vicio divierte y la virtud fatiga*») o *Los 120 días de Sodoma*. Esta novela la escribió en la Bastilla en 1785, terminándola en tan sólo 37 días. En ella describe a la perfección su obsesión por el sadismo en un catálogo de 460 manías sexuales, obra en la que se inspiró libremente Pier Paolo Pasolini para hacer su película *Saló o los 120 días de Sodoma* (1975) siendo asesinado al terminar el rodaje.

Sade sabía muy bien lo que hacía, era un provocador nato y buscaba la reacción del lector. En *Los 120 días de Sodoma* lo deja bien claro:

«Si los pinceles de los que me he servido para pintar el crimen te afligen y te hacen gemir, tu redención no está lejos y he provocado sobre ti el efecto que deseaba. Pero si su verdad motiva tu despecho, si te hacen maldecir a su autor... ¡desgraciado, te has reconocido y no te corregirás jamás!».

El desgraciado marqués de Sade llevó hasta el límite sus manías y sus locuras, dejando por escrito su forma de ser y de pensar en múltiples frases, como cuando dijo: *«La idea de Dios es el único error por el cual no puedo perdonar a la humanidad».*



Fragmento de una representación de Marat-Sade, genial pieza dramática de Peter Weiss. En ella se juega con la idea de asignar al marqués el papel de director de una función teatral en el psiquiátrico de Charenton, donde los pacientes son los actores.